



Jorge Montanari. Futbolista frustrado, este biotecnólogo logró formar un equipo con hablantes de esperanto a nivel internacional. “Este idioma es inclusivo”, dice.

Esperanto ser un goleador

Ni Osvaldo Soriano ni Roberto Fontanarrosa hubiesen imaginado un cuento futbolero de

ficción como el que llevó a la realidad Jorge Montanari, argentino, 47 años, científico del Conicet y practicante serial de hobbies.

Hablante del esperanto (idioma internacional creado en 1887, con el objetivo de comunicar con un mismo idioma a habitantes de todo el mundo), en un congreso para quienes lo practican que se hizo en 2014, en Buenos Aires, se le ocurrió armar un seleccionado de fútbol.

Entre los asistentes había coleccionistas de figuritas de Marvel, escritores, músicos, personas ciegas y una larga lista de otras posibilidades. Pero nada futbolero. Preguntó a quiénes les gustaba jugar a la pelota y con sus compañeros del emprendimiento cultural *Bola sin manija* (Francisco Godínez Galay y Juan Pablo Álvarez), contactó por redes sociales a interesados en diferentes países. Así armó el equipo del que se hizo director técnico en dupla con

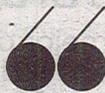
TEXTO
ALEJANDRO DUCHINI
FOTOS
CLEO BOUZA

Galay y Álvarez. “Si entre tanta gente no podía juntar once que la muevan, me tenía que matar”, sonríe ante *Viva*.

Dos años después, ya afiliados a dos organismos que son versiones paralelas de la FIFA, la NF-Board (Nouvelle Fédération Board) y ConIFA (Confederación de Asociaciones Independientes de Fútbol), tenían su seleccionado que recorrió y recorre el mundo para jugar contra equipos tan fuera de lo común como el de ellos: la selección de arameo (“el idioma de Jesucristo”), Gozo (una de las islas de Malta), la República Turca del Norte de Chipre, las Islas Chagos y tantos más. Siempre en cancha de 11 y muchas veces en estadios de primer nivel.

En el equipo hay gente de Argentina, Portugal, España, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Checoslovaquia, Holanda, Brasil, Chile y de Nicaragua. Pero hay más nacionalidades: los de Benín, Timor Oriental, República Democrática del Congo, Taiwán y Rusia.

Multi profesión. Además de científico del Conicet y futbolista “alternativo”, Montanari hace radio (el programa *Bola sin manija*), escribe libros y es dirigente de un deporte que se practica en India, el Kabaddi. “Es adictivo”, asegura.



En Estambul me colé a una reunión de la FIFA. Yo estaba medio tomado y le propuse a Michel Platini que sacaran el off side. Van Basten, que estaba con él, después fue noticia por proponer lo mismo.

“Se armó algo muy lindo. Hay quienes aprendieron el idioma sólo para jugar con nosotros, como Jaime Montoro, el capitán, que es argentino”, aclara Montanari, menotista cuyo ideal de entrenador es Ángel Cappa.

El debut fue en Buenos Aires ante el equipo de la Diáspora Armenia: perdieron 8 a 3. La camiseta es verde, color del esperanto. Quienes la comprenden colaborarán con el plantel, que apela a sponsors y otros recursos para juntar dinero y viajar.

Enfrentaron a un seleccionado de intendentes eslovacos en Francia que venía de ser campeón de la Champions League de alcaldes de Europa; a la selección mapuche de Linares en Chile (“tienen un equipazo, nos ganaron 7 a 1, una locura”, cuenta Montanari) y a Sahara Occidental.

Montanari siempre tiene anécdotas: “Contra los intendentes perdimos 5 a 4. O sea, perdimos con los campeones por apenas un gol que nos hicieron en el minuto 89”.

Después: “En nuestro equipo llegó a jugar el checoslovaco Novota Zoltan, autor de un gol contra la Sub 17 de Japón en el Mundial de 1993, donde la descosió. Le enseñamos a hablar esperanto sólo para que juegue para nosotros”, se ríe. Y destaca una gran dupla defensiva central: “Dos pibes de Timor Oriental a los que tuvimos que convencer de que jugaran con botines porque querían hacerlo descalzos: estaban acostumbrados a jugar en patas”.

“El esperanto es un vehículo de inclusión social”, anticipa antes de contar que el 5 es un cirujano alemán que llega a los partidos en su BMW: “O sea, tenés un pibe que vive en una aldea que se asombra ante una vertiente de agua de su pueblo y que en el partido le pasa la pelota al alemán que llega en su BMW. ¡Y se matan por ganar! No hay equipo así en el mundo. Es fabuloso”.

Montanari es hincha del Galatasaray turco, al que empezó a seguir por radios de poca frecuencia alrededor del año 2000, la misma época en que se interesó por el esperanto. Entonces, el Galatasaray la rompía. Le ganó la final de la Copa UEFA al Arsenal inglés y la Supercopa de Europa al Real Madrid. Ahora, Montanari se levanta a las 7 de la mañana de cada sábado para ver los partidos del Galatasaray con su hijo. “Cuando te digan que el primer jugador argentino en Turquía fue la Chancha Rinaldi (en el Genclerbirligi Ankara), como se cree, se están equivocando. El primero fue Jorge Montemarani, un ex River que jugó en el Vefaspor”.

La charla se hace en Buenos Aires, pero en unas horas Montanari estará en Bruselas por un trabajo de su especialidad científica: la biotecnología con orientación en genética molecular. Se formó en la Universidad de Quilmes, trabaja en el Conicet y dirige el laboratorio de Nanosistemas de Aplicación Biotecnológica en la Universidad Nacional de Hurlingham. Para conocerlo un poco más, va esta breve historia. En

2012, al terminar su participación en un congreso científico en Estambul, se infiltró en un encuentro de altos mandos de la FIFA que se hacía en una sala contigua. Como quien no quiere la cosa, terminó al lado de Joseph Blatter (entonces presidente del organismo), Michael Platini (de la UEFA) y los ex jugadores Karl Rummennigge y Marco Van Basten.

“Yo estaba algo tomado y le propuse a Platini que sacaran el off side. Platini se sorprendió y Van Basten, que estaba con él, al poco tiempo fue noticia por proponer lo mismo”, recuerda y se ríe.

Tiene un programa de radio en FM La Tribu, *Bola sin manija*. Hizo un documental, *El Ñandú*. “Lo empezamos con unos amigos sin saber nada de edición. En tiempos de la dictadura, el ñandú estaba en un jardín de Villa Pueyrredón, con una ligustrina delante. Entrevistamos a expertos en conducta animal y hasta dimos con el dueño.” Pueden verlo en YouTube.

A veces se le da por la música electrónica. Y otras por escribir libros. En 2011 publicó una novela, *Desechos y humanos*, y con amigos escribió *Qué país*, sobre las micronaciones: “Países no reconocidos, muy pequeños, que de pronto declaran su independencia. Algunos duran una semana, pero otros tienen 50 años”. Y cita el caso de Sealand, en el Mar del Norte.

Sabe comunicarse en uzbeko, croata, euskera, inglés y portugués, entre otros idiomas: “No los sé a la perfección, pero escucho cómo hablan en cada país al que viajo y eso me sirve para conversar”.

De pibe fue hincha de Independiente por un tío, pero el fútbol argentino lo desencantó. A veces va a la cancha de Atlanta para acompañar a un amigo. Lo suyo se caracteriza por lo alternativo. Tan alternativo como el Kabaddi, un deporte desconocido por estos pagos, pero actividad oficial en Asia.

“Soy dirigente internacional de Kabaddi, que lo juegan 1 de cada 7 personas en el mundo. El segundo deporte popular de la India, deporte nacional en Bangladesh. Sri Lanka, Tailandia, Corea y Pakistán son potencia. Aunque no lo creas, en Argentina hay federación de Kabaddi”, sorprende.

Y agrega: “Es el único deporte de equipos sin pelota: la pelota es el jugador”. Dice que un jugador puede cobrar 10 mil dólares semanales en la liga india. “Es un deporte adictivo”, suelta. En 2016, cuando se jugó el Mundial en India, fue contratado como comentarista para ESPN latino: “Era de los pocos que conocían las reglas para comentarlo por tele”.

A pesar de tanta actividad, no cumplió su sueño: “Ser deportista profesional. No hay sensación más espectacular que hacer un gol con la gente gritándolo. Es mi frustración”. Antes de irse, dice: “No creas que los científicos somos ratas de laboratorio, que vivimos encerrados, como se cree. La mayoría estamos muy metidos en el fútbol y somos bien cabeza de termo”. ■